

El PRI a la Derecha del PAN

- ★ Adiós a las Alianzas con Obreros y Campesinos
- ★ Concentran Pocas Manos el Ingreso Disponible
- ★ Crear la Gran Burguesía, Meta de Largo Plazo

LORENZO MEYER

Según la caracterización hecha por el actual alcalde panista de San Pedro Garza García, Rogelio Sada Zambrano, el espectro político del país en materia de partidos es así: el PAN ocupa el centro, el PRD la izquierda y el PRI la derecha (*La Jornada*, 30 de octubre).

Por mucho tiempo —en realidad, desde que concluyó el cardenismo— se consideró que era el PRI el que ocupaba el centro del espacio político mexicano. Desde tan cómoda posición toleró, y llegado el caso fomentó pequeñas agrupaciones a diestro y siniestro, para consolidar su “justo medio” político. La crisis de 1982, que trastocó muchas cosas, dio al traste con esta situación pues puso en marcha una serie de cambios que han colocado al PRI a la derecha del Partido Acción Nacional.

Sigue de la primera plana

En sistemas políticos plurales, un cambio como el arriba descrito generalmente se lleva a cabo como resultado de dramáticos procesos electorales —como aquel que en Estados Unidos echó a Carter de la Casa Blanca o el que puso en ese mismo sitio a Clinton. En México no. Aquí el cambio ocurrió primero en el cerrado círculo del “partido casi único” y posteriormente se le dejó saber a los de fuera, poco a poco. En realidad, aún no sabemos bien a bien, cómo y hasta dónde se quiere llevar el cambio apuntado. Lo único que sí está claro, es que entre nosotros las elecciones poco o nada tienen que ver con los verdaderos propósitos de los que tienen el poder. En efecto, elementos centrales en el proyecto político que ahora está en marcha, y que el alcalde panista citado calificó de derecha, como son el Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos, el restablecimiento de relaciones con el Vaticano o el mismísimo concepto de “liberalismo social”, no se discutieron frente al electorado en la campaña de 1988.

Un resultado de pasar de una larga cadena de gobiernos de centro al inicio de otra de gobiernos de derecha, pero evitando el relevo del partido en el gobierno, lo constituye el hecho de que la élite gobernante no tiene la necesidad de explicar su cambio de proyecto, ni la supuesta ciudadanía tiene la posibilidad de manifestarse sobre el tema.

Si las circunstancias electorales no son, pues, el momento adecuado para poner sobre el tapete de la discusión la naturaleza del proyecto nacional, entonces cualquier momento es bueno. Este, por ejemplo, cuando el sexenio está entrando en su fase final y debemos prepararnos para el que viene, para, entre otras cosas, evitar que seamos meros objetos del cambio, como ha sido con frecuencia el caso de México.

Tomemos como punto de partida un punto donde no parece haber desacuerdo: bajo el liderazgo de Miguel de la Madrid primero y, sobre todo, de Carlos Salinas después, México ha entrado en una nueva etapa de su proceso histórico. Se trata de un cambio origi-

nado tanto en factores externos —el triunfo del neoliberalismo sobre las economías centralmente manejadas— como en situaciones internas —el fracaso de una industrialización protegida hecha al amparo de una economía presidencial o presidencialista. Sin embargo, lo que a muchos mexicanos aún no nos queda claro es exactamente a dónde nos llevan los dirigentes de un PRI que se ha movido a la derecha para concertar una alianza histórica con el gobierno de Estados Unidos, con la Iglesia católica, con los centros financieros internacionales y con el gran capital nacional. Y todo ello, claro está, mientras deshace viejas alanzas con los movimientos obrero y campesino.

Como punto de partida podemos preguntarnos: ¿Realmente vamos o simplemente nos llevan en este gran viraje a la derecha? ¿Nos dirigimos todos al mismo lugar o sólo una parte de la sociedad? Estas son algunas de las interrogantes que se abren al discutir el tema del proyecto nacional que se puso en práctica por un PRI a la derecha del PAN, ¿qué

proyecto realmente mueve a México?, ¿de quién?, ¿para quién?

En casi todas las épocas y lugares, el proyecto nacional resulta realmente nacional sólo en sus efectos, pues su origen y puesta en obra es producto de una minoría. Los grandes proyectos nacionales mexicanos siempre han sido resultado de la acción de un grupo que se asemeja poco al grueso de aquellos en cuyo nombre dice actuar y cuyos intereses dice defender. La independencia se inició como el proyecto de un puñado de criollos, y los criollos entonces no representaban ni una quinta parte de la población mexicana. El movimiento concluyó once años más tarde como resultado de un sorpresivo acuerdo entre otro grupo de criollos y peninsulares reaccionarios con mestizos insurgentes; y los mestizos no eran muchos más que los criollos.

La gran revolución liberal del siglo XIX tuvo como pieza clave a la Constitución de 1857. Según el ingeniero Bulnes, de los 154 constituyentes, 108 eran abogados y el resto militares y burócratas. Entre ellos, y de acuerdo con los

datos de Richard Sinkin, había una interesante mezcla de criollos, mestizos e indígenas, pero el grueso eran miembros de lo que podemos llamar la clase media, cuyas preocupaciones, intereses y formas de vida eran muy distintas del mexicano medio: indígena, campesino y muy pobre.

La Revolución de 1910 la iniciaron los antorreeleccionistas, cuyo líder, Francisco I. Madero, pertenecía a la "crema de la crema" de la sociedad porfirista. Después de un análisis biográfico, Peter Smith concluyó que "la revolución redistribuyó el poder político entre segmentos relativamente desposeídos de la clase media" (*Los laberintos del poder*, 1981, Pág. 120). Los representantes de las clases populares —por y para las que se supone que se hizo la Revolución mexicana—, sólo de manera excepcional se encontraron entre los arquitectos del nuevo régimen. El estrato superior de la élite que dirigió a México entre 1917 y 1940, y según los datos del mismo investigador norteamericano, provenía en más de 68% de los niveles medios y apenas 17% de las clases populares (*idem*, Pág. 92).

Examinando al estrato más alto de la élite política del sistema posrevolucionario (1946-1971), el propio Peter Smith encuentra que menos de 1% tuvieron un origen obrero o campesino en tanto que 91% surgieron de hogares donde el padre se podía clasificar como "profesionista" (*idem*, Pág. 235). Repasando mentalmente los orígenes del grupo que forma el gabinete que realmente ha elaborado el actual proyecto neoliberal, se puede concluir que pertenecen a las capas superiores de la sociedad mexicana. Su vida, por tanto, ha transcurrido y seguirá transcurriendo en un ambiente que en casi nada se asemeja al que diariamente experimenta el grueso de los mexicanos, que son los que han tenido, tienen y tendrán que pagar los altos costos de la puesta en marcha y encarrilamiento del neoliberalismo. En resumen, hoy como ayer, o quizá más que ayer, quienes toman las grandes —y graves— deci-

siones que determinan el rumbo de nuestra sociedad, no experimentan ni experimentarán en carne propia los efectos negativos de sus decisiones, sólo son testigos directos, y beneficiarios, de los positivos.

Abordemos ahora otra cara del problema: el ¿para quiénes?, ¿para qué?

El neoliberalismo, al dar la prioridad a las fuerzas del mercado nacional e internacional en las decisiones sobre la asignación de los recursos escasos, concentra el ingreso disponible en muy pocas manos; muchos son los llamados al sacrificio pero muy pocos los elegidos para disfrutar de sus beneficios. Según un estudio reciente de la OBECD sobre México, al final de los años ochenta, 60% de los mexicanos contaban para sobrevivir con 26% del ingreso a disposición de las familias, en tanto que 10% que conforman los extractos más altos disponían de 38% de esos ingresos. De la misma fuente se tiene que entre 1979 y 1987 el salario real disminuyó en México 35% (en Estados Unidos, en el mismo periodo, sólo bajó 5%), por tanto, la proporción de las remuneraciones totales a los asalariados, que en 1982 representaba 35% del Producto Bruto (PIB), fue de sólo 24% en 1991.

Ahora, ¿cuál es el objetivo de largo plazo de esta redistribución tan negativa? ¿Qué país se supone que está moldeando el neoliberalismo? De entrada, conviene recordar que el proyecto nacional presentado en el discurso nunca ha correspondido a los resultados reales. El país de ciudadanos, de individuos modernos, que los liberales originales del siglo XIX dijeron que saldría de la guerra de Reforma y de la República restaurada, nunca se materializó. En su lugar apareció el México porfirista. El proyecto de la Revolución dijo buscar, en lo político, el sufragio efectivo, y en lo social, un México sustancialmente justo gracias a la reforma agraria y a la avanzada legislación laboral. El resultado todos lo conocemos: el sufragio nunca fue efectivo (el régimen se consolidó como uno de partido de Estado, es decir, autoritario) y después del cardenismo la justicia social brilló por su ausencia, como lo demuestran las cifras citadas en los párrafos anteriores.

Veamos ahora al neoliberalismo. Algunos de sus logros son estos: ha disminuido el papel del Estado; en 1982 había 1,155 empresas estatales pero a mediados de este año sólo quedaban 223. En 1983 el valor de la actividad estatal representaba 25.4% del PIB pero en 1990 había bajado a 22.5%. El neoliberalismo también ha negociado el TLC con Estados Unidos como el medio para abrir mercados y atraer inversión externa. Por ahora, lo que más se ha abierto es el propio mercado mexicano, al punto que nuestro déficit comercial puede superar este año la impresionante suma de los 20 mil millones de dólares. La inversión externa —que en más de 60% es norteamericana— ha llegado; el año pasado fue superior a los 4 mil millones de dólares y este año ya superó los 5 mil millones; y aunque mucho ha sido capital especulativo, resulta que 54% del total se encuentra en actividades industriales. El neoliberalismo ha mantenido su propósito de pagar la enorme deuda pública externa, que en 1988 fue de 81 mil millones de dólares y ahora es de 76 mil millones. Igualmente, el neoliberalismo ha efectuado nueve reformas constitucionales que han transformado el corazón del edificio constitucional creado por la Revolución mexicana: los artículos 3, 5, 24, 27 y 130. Se decretó así el fin del reparto agrario, se reconoció la personalidad jurídica de la Iglesia, se privatizó la banca. Probablemente aún veamos más cambios constitucionales en el mismo sentido. Por otro lado, los neoliberales han debilitado enormemente al movimiento obrero organizado y a la estructura corporativa del partido de Estado.

¿A dónde vamos con esos cambios?, o más bien dicho ¿a dónde nos llevan? Realmente el liderazgo neoliberal ha sido específico sólo en asuntos de corto plazo; llegar a la firma del TLC, dominar la inflación, crear más puestos de trabajo (hoy la economía informal ocupa 25% de la fuerza de trabajo), mantener el equilibrio fiscal pese a la recesión económica, etcétera. No hay la gran visión global, una comparable a la que ofrecieron a sus contemporáneos los liberales originales o los revolucionarios de principios del siglo. En el campo de la justicia social, por ejemplo, el acento está puesto en el Pronasol, pero este programa que sólo sirve como paliativo a los estragos que causan las tendencias concentradoras de re-

ursos desatadas por las fuerzas del mercado, únicamente cuenta con recursos que en 1991 representaron 0.6% del PIB.

En realidad, el objetivo central de largo plazo del proyecto neoliberal mexicano, como el de todos los países que están en una situación similar, es la creación de ese sector social que desde hace mucho está en formación en México pero que por diversas razones nunca ha cuajado: la gran burguesía. Con el Estado en retirada, se abre ahora un espacio de liderazgo económico, político y cultural, que sólo puede ser llenado por los señores del gran capital. La modernización neoliberal en países como el nuestro lleva casi de manera inevitable a que la burguesía, la gran burguesía —esa que el estatismo mantuvo por tanto tiempo dependiente y débil— se convierta en la clase estratégica. Sacrificarnos todos en aras de la burguesía no es ni puede ser un proyecto atractivo e inspirador para las mayorías, pero sin ella, según nos aseguran hoy los teóricos de la modernización neoliberal, el proyecto que se ha puesto en marcha en México no podrá realmente madurar.

Así pues, en el corazón del nuevo proyecto nacional está algo que el discurso de la élite política ha evitado discutir por no ser particularmente atractivo para el mexicano medio: el esfuerzo nacional se está haciendo en función de la creación y fortalecimiento de una minoría que, mediante una fuerte concentración de recursos y la construcción de una red de alianzas internas y externas adecuada, pueda llegar a sustituir a la antigua élite estatista como motor —y principal beneficiaria— del nuevo país que ya ha tomado forma en la mente de los modernizadores neoliberales.

Desde esta perspectiva, el destino y función de todas las otras clases o grupos sociales mexicanos, deberá subordinarse al proceso de creación, fortalecimiento y consolidación de la clase social a la que toda economía de mercado, real y efectiva, tiende a dar el papel central del proceso de desarrollo: la gran burguesía. Esa es, pues, la esencia del proyecto nacional mexicano al finalizar el siglo XX. Nada utópico, poco generoso o altruista, pero muy realista; al menos eso es lo que sus arquitectos pretenden que sea.